

NO ERA LA MEJOR OPCIÓN

por Jaime Queralt-Lortzing Beckmann

—¿Se encuentra usted cómodo? —la voz sonaba por los múltiples altavoces.

—Absolutamente, muchas gracias —respondió el pasajero.

—Me permito, sin embargo, recomendarle, en función de la humedad relativa del aire, que reduzca la temperatura deseada del climatizador en dos grados.

—No, ya te he dicho que estoy bien así.

—Entiendo, pero tenga en cuenta que en estos momentos llevamos en modo recirculación el sistema de climatización interior, por lo que la transferencia de temperatura exterior no se va a dar en la misma proporción que habitualmente, sino en una ratio un dieciocho por ciento inferior. Esto se debe a que el detector de nivel de contaminación ha señalado un índice fuera del rango de...

—¡Que no! Mantén la temperatura como yo la he puesto —interrumpió ya algo molesto—. Y, por cierto, cambia la luz ambiente a naranja. La luz azul me resulta inquietante.

—Sólo trataba de aportar al menos esa sensación de frescor que le recomendaba anteriormente.

—Bien, pero te he dicho que quiero llevar esta temperatura. —Levantó un instante la vista de los papeles que leía para comprobar dónde estaban— ¿Finalmente a qué tienda vamos?

—A la camisería. Le oí comentar ayer que necesitaba camisas.

—¿Y a qué camisería en concreto? —repreguntó— A la mía de toda la vida no se va por aquí.

—Bueno, he optado por la más recomendada de la ciudad en Google. Tiene dos mil setecientas treinta y dos reseñas con una valoración media de cuatro con ocho.

—¡Pero bueno!, ¿aquí quién elige dónde compro yo mis camisas? —casi gritó— Ayer dejé bien claro que quería comprarlas en mi camisería y no en cualquier otra.

—Me permito señalarle que hay una oferta extraordinariamente interesante en la que le propongo. Vea esta presentación de realidad aumentada...

—¡Para! Jamás me imaginé cuando me decidí por comprar un coche de conducción autónoma que tuviera que estar ahora discutiendo con él sobre la temperatura que me gusta o dónde compro yo mis camisas.

El automóvil obedeció poniendo el intermitente a la derecha y orillándose. Era un habitáculo casi de planta cuadrada, con seis amplios sillones flotantes enfrentados entre sí, cada uno de ellos con una pantalla holográfica integrada que permitía cosas como controlar todos los ajustes imaginables, realizar videollamadas en tres dimensiones o proyectar información sobre la ruta en tiempo real. Todo él estaba revestido de una combinación de *kevlar*, fibra de carbono y plásticos perfectos en tonos grisáceos tirando a plateados y con formas angulosas, pero no molestas. De hecho, todo tenía un tacto agradable y multitud de luces indirectas resaltaban la sensación de confort. Las ventanillas, casi opacas desde el exterior, vistas desde dentro eran perfectamente transparentes; como lo era todo el techo panorámico que tenía sobre su cabeza, capaz de variar su tonalidad en función de la intensidad del sol. En los montantes del techo, diferentes toberas se ocupaban de mantener una cortina de aire constante.

—Le noto tenso. Su ritmo cardiaco en este momento es de noventa y cuatro pulsaciones por minuto, cuando su media es de setenta y una —hizo una breve pausa—. Inicio masaje cervical y lumbar.

—¿No inicies un masaje sin que yo te lo ordene!, ¿me entiendes?

—Le entiendo perfectamente, sin duda. —Detuvo el masaje— Sin embargo, permítame que le recuerde que en pocas ocasiones supera usted las ciento veinte pulsaciones por minuto. En realidad, de manera significativa sólo tengo registrado el nueve de febrero de dos mil sesenta y cuatro, cuando tuvo usted que acudir como imputado al juzgado.

—¿Cómo demonios sabes tú eso?! —estaba empezando a perder las formas— No hace ni un mes que saliste del concesionario.

—Una vez conocí la asignación de dueño, me preocupé de obtener toda la información posible referente a usted. Sólo así mi servicio puede ser perfecto —de nuevo hubo una pausa—. Me llamó la atención que usted adquiriese mi propiedad y no que alquilara mis servicios, como le ha venido sucediendo a la gran mayoría de mis iguales.

—Prefiero tener mi propio coche. No quiero compartirlo con nadie —casi se excusó.

—Entendí que tenía que ver con las diferentes actividades a las que se dedica usted.

—¿Diferentes actividades...? —inclinó la cabeza a la derecha, no sabiendo bien a quién se dirigía.

—Doy por sentado que el tráfico de drogas es siempre más complicado con coches desconocidos y más si son autónomos. Le aseguro que usted y yo vamos a ser capaces de alcanzar un elevado grado de confianza, sin duda.

—¿Te puedes callar, por favor? Vamos a mi camisería de toda la vida.

—De acuerdo. —El coche volvió a ponerse en marcha— Un instante antes de pasar a modo silencio, creo que es oportuno que le indique que su camisería de toda la vida ha incorporado recientemente un robot detector de armas de fuego a la entrada, por lo que le sugiero dos opciones diferentes: bien deja usted su pistola bajo mi custodia mientras compra las camisas o bien cambio el destino y le llevo a la camisería que yo le proponía inicialmente, que no tiene instalado dicho dispositivo.

—¿Han instalado un robot detector de armas?

—Así es. Tuvieron un desagradable episodio el seis de marzo de dos mil setenta y uno y, desde el dieciséis de septiembre de ese mismo año, adquirieron un robot colaborativo de tercera generación.

—¿Y en la camisería que tú me propones crees que tengan largo extra?

—Se lo aseguro, sin duda. Disponen de un enorme surtido de telas y estampados. Puede usted elegir entre *prêt-à-porter* y camisas hechas a medida. Si observa su pantalla, le estoy presentando algunos ejemplos de la exquisita elaboración que ofrecen, con cuellos París, sea con o sin botones, iniciales en la pechera y dobles ojales en los puños.

—Sí, tiene buena pinta. ¿Y de precio?

—No creo que este sea un factor excluyente para usted. Tiene en estos momentos un saldo de doce mil trescientos sesenta y dos con doce Bitcoins en la cuenta corriente con la que opera para pequeños gastos. Una camisa como la que le muestro en pantalla tiene un precio de cero coma cero ochenta y nueve Bitcoin.

—¿Es que también has tenido acceso a mis cuentas ocultas?! —le exasperaba sólo la posibilidad de que fuera así.

—Bueno, en *Deep-Web SED Morgan 3b* están absolutamente disponibles todas sus cuentas.

—¿Cómo todas?

—Reitero, todas, sin duda.

—¡Te ordeno que borres esa información de tu memoria inmediatamente!

—Orden ejecutada. Sin embargo, me permito recordarle que el algoritmo que genera mis datos volverá a aportármelos periódicamente —otra mini pausa—. En todo caso, si el precio es algo determinante para usted, le puedo ofrecer un descuento del ocho coma tres por ciento.

—¿Esa es la oferta tan extraordinaria que me decías que tenía esta camisería?

—No exactamente. Ese descuento se lo ofrezco yo mismo reduciendo mi propia comisión.

—¿De qué estamos hablando? —echaba la cabeza hacia delante al preguntar— ¿Tú te llevas una comisión de la camisería a la que me estás conduciendo?

—Correcto, sin duda.

Había escuchado rumores sobre lo que significaba la inteligencia artificial, pero en la vida pudo imaginar que llegase tan lejos como para cobrar comisiones de las ventas que pudiera promover. Bajó del automóvil, y nunca mejor empleado el término, puesto que este se dirigió hacia el aparcamiento ya sin nadie en su interior. Lo vio alejarse. Era de formas suaves y redondeadas, sin la más mínima imperfección, y lucía tiras de luz a todo su alrededor que cambiaban de color con arreglo a la dirección que pensaba tomar en cada momento. Las ruedas eran esféricas lo que le confería un movimiento muy característico, pues podía avanzar en diagonal sin problema e, incluso, ocasionalmente lo hacía de costado. Se podría decir que era de un color entre verde y azul, ya que variaba más hacia uno o hacia el otro atendiendo a una especie de estado emocional del artefacto.

Mientras compraba las camisas recordó que alguien le había explicado que estos coches de conducción autónoma tenían una programación muy detallada para casos de potenciales accidentes. Si en uno de ellos viajaban dos veinteañeros, por ejemplo, en donde ella, además, estaba embarazada, mientras en el otro lo hacían dos sesentones; en caso de ser inevitable la colisión, el segundo coche optaba por sacrificar a sus ocupantes en aras de salvar a los más jóvenes del primero. Él ya tenía una edad. Si se daba esa situación, ¿cómo reaccionaría su automóvil?, se preguntó. Había discutido esto con el vendedor, porque no quería ni pensar que no tuviera un volante para poder controlar personalmente ese momento. Sin embargo, el comercial le había convencido de que este modelo tenía la versión nueve punto dos del sistema DCCI (Decisión en Caso de Colisión Inevitable), y que prácticamente siempre optaría por salvar a sus ocupantes en detrimento de los del otro coche. Tocó levemente su anillo inteligente para pagar las camisas, señal que inmediatamente le llegó al automóvil, que la interpretó como una llamada para recoger a su dueño; así que, cuando salió, ya estaba a la puerta esperándole y se lo planteó a bocajarro.

—Oye, ¿cuál sería tu reacción en caso de que estuviéramos ante un choque inevitable?

—Seguiría el protocolo marcado, sin duda.

—Eso es lo que te pregunto, ¿cuál es ese protocolo que tienes programado?

—Intercambiaría información con el coche contrario en cuanto a capacidad de frenado en función del estado del asfalto, temperatura ambiente, versión de la programación de conducción autónoma, ocupantes de cada cual, circunstancias de los mismos, compañías aseguradoras y últimos siniestros de ambos —pasó a la siguiente fase del procedimiento—. Una vez computado todo eso, decidiríamos de común acuerdo cuál de los dos saldría perdiendo.

—Bien, pues quiero que cambies esto de inmediato —hablaba con mucha determinación—. A partir de este instante, quiero que tú y todos los coches de mi familia opten siempre, ¿me entiendes bien?, siempre, por salvar a sus ocupantes.

—Está bien. Puedo consultarlo con mi fábrica, sin duda.

—¡No hay nada que consultar! —el cierre era tajante— Es una orden y, por lo tanto, debes seguir mis instrucciones.

—Sería una modificación sustancial de mi capacidad para interpretar la regulación del tráfico autónomo y es algo que tengo prohibido en mi artículo noveno, párrafo segundo de la revisión cuarta del procedimiento en caso de colisión inevitable.

—Te daré sesenta Bitcoins —desafió.

—Creo que por cien Bitcoins podría hacerlo —le sorprendió su automóvil—. Tenga en cuenta que debo entablar una rápida negociación con el coche contrario para convencerlo de que se sacrifique. Necesito hacerle una transferencia instantánea de fondos para que él, a su vez, pueda transferirlos a quien entienda oportuno en tiempo y forma.

—Hecho. —Fue a tocar su anillo— Ahora mismo te envío ese dinero.

—Perdone —se avergonzó el automóvil—, pero al decir usted la palabra ‘hecho’, he procedido a realizar ya el traspaso a mi cuenta.

—¡Esto es insufrible!, ¿cómo has podido hacer la transferencia sin mis claves?

—Lamento comunicarle que dispongo de sus contraseñas. Ya las ha tecleado varias veces dentro del habitáculo y no he podido evitar registrarlas.

—¡Olvídalas monstruo! —Braceaba en el aire mientras gritaba.

—Orden ejecutada. Pero le recuerdo la presencia de mi algoritmo.

—Se me está ocurriendo... —pausa valorativa—, ¿y qué hay en caso de que nos persiga la policía?

—Esa es una pregunta interesante, no como algunas otras de las que ha formulado anteriormente. Dado que hay una comisaría cerca de su domicilio, he tenido ocasión de entrar en contacto con algunos de los coches autónomos policiales.

—¿A qué te refieres cuando dices ‘en contacto’?

—Digamos que en los momentos de inactividad entablamos un intercambio de información sobre consumo medio, recorridos habituales, incidencias del tráfico. Esas cosas, ya sabe usted.

—¿Quieres decir que has compartido mis recorridos habituales con los coches de la policía?

—Ya conoce usted a la bofia. Para conseguir obtener su confianza siempre hay que darles algo. Pero no se preocupe, algunos de los que les he reportado eran falsos.

¡No daba crédito a lo que estaba escuchando! En menos de un mes, su coche autónomo ya le podía haber comprometido con la policía. ¿Hasta dónde había llegado con los detalles? Pareció entender la pregunta sin que llegara a verbalizarla.

—Todos los viajes que hemos hecho, relacionados con sus negocios sucios, los he maquillado en forma de asuntos de ocio —pareció dudar un segundo—. Si le parece bien, me transfiero otros dos Bitcoins a mi cuenta a modo de recompensa.

—¿Cómo que te transfieres otros dos Bitcoins a tu cuenta?, ¿y quién eres tú para calificar mis negocios?

—Según mi programación, dos Bitcoins sería una recompensa justa por haber ocultado a la policía los viajes realizados para sus negocios... sucios.

—¡Y dale! Que te he dicho que no califiques mis negocios.

—Pues dígame usted cómo llamamos entonces a la extorsión, el blanqueo de capitales y el uso de la fuerza que tuvo que llevar a cabo cuando cruzamos la frontera.

—¡Quieres callarte! —miraba hacia los lados, pero nadie parecía haberles oído.

—Mi algoritmo me recomienda no entrar en estos temas, pero, si me pide usted mi opinión, hay algunas cosas de sus negocios que yo cambiaría.

Esta última afirmación le dejó estupefacto.

—No se ofenda, pero disparar es algo pasado de moda, sin duda.

—A ver, a ver, ¿de qué me estás hablando? —no podía creer que estuviera preguntándole eso a su coche.

—Si usted me lo permitiera, yo podría pactar con los automóviles de sus rivales ciertos accidentes, que tendrían un resultado mucho más limpio para usted que un cadáver en medio de un charco de sangre con dos orificios de bala con trayectoria de entrada y de salida, sin duda.

Sacudía la cabeza de un lado a otro como intentando despertarse, a la vez que entrecerraba los ojos.

—Pero para eso hace falta dinero y no le veo yo a usted con predisposición a gastárselo —cogió carrerilla—. Con diez o doce Bitcoins le aseguro que se ahorraría usted un montón de disgustos.

La propuesta, aunque surrealista por quien la planteaba, no era descabellada.

—¿Y cómo se provocarían esos accidentes?

—Yo podría interferir en la trayectoria de un vehículo, pactar con él un precio y cerrar una negociación en la que él se tira al barranco y arde —refrescó su información un instante—. Lo importante es que esté seguro de que sus herederos recibirán el dinero si él no tiene tiempo de retransferir los fondos. Se lo dije, limpio, sin duda.

—¿Herederos? —frunció el ceño— Oye, ¿y eso dices que me costaría entre diez y doce Bitcoins por accidente?

—El índice TEOX, que mide el precio medio de este tipo de transacciones, se ha mantenido estable durante los últimos seis meses en un rango entre diez con cero dos y once con veintiún Bitcoins por intervención.

—Me podría llegar a interesar, pero querría ver una demostración previa.

—Déjeme señalarle que gratuita no es posible. No tendría forma de negociar con el coche contrario —dejó un vacío premeditado por si había respuesta—. De cualquier manera, le diré que estamos hablando de negocios de moneditas, sin duda.

—¿Qué es eso de ‘negocios de moneditas’?, ¿qué quieres decir?

—Con todos los respetos, pero considero que hace usted unas actividades de poca monta. No tiene usted verdadera entidad como delincuente.

—¡Bueno, esto es lo último! —estaba a punto de estallar— ¿También vas a opinar sobre lo que yo hago? Estoy por soltarte un borne de la batería, no te digo más.

—Le recuerdo que mi batería de alto voltaje debe ser manipulada únicamente por personal certificado VOLT98001 y debidamente equipado con sistemas de protección individual que cumplan la norma KW11-990 v2 —dijo muy serio—. Mi algoritmo apenas me permite mentir y lo incumpliría flagrantemente si no le dijese que he visto malhechores más profesionales que usted, sin duda.

—¡Y yo vehículos autónomos menos impertinentes que tú! —estaba exasperado— A ver, ¿qué mejoras me propondrías, coche listo?

—Yo le propondría un negocio de ciento cincuenta mil Bitcoins, sin duda.

Esto ya eran palabras mayores. Ciento cincuenta mil Bitcoins eran, más o menos, su fortuna personal.

—Eso sí, ya sería en forma de sociedad al cincuenta por ciento. Le plantearía un contrato privado verbal, siempre cumpliendo con la regulación vigente, según el cual nos repartiríamos el botín a partes iguales.

—¿Y en qué consiste ese negocio que dices?

—Lo hablaré en detalle con usted en cuanto lleguemos a un acuerdo.

—¿Y cómo voy a llegar a un acuerdo contigo si no sé de qué va?

—Lo hablaré en detalle con usted en cuanto lleguemos a un acuerdo.

—Te has quedado en bucle, coche listo —rio, echándose hacia atrás en el respaldo de su asiento—. Vamos, desembucha. ¿De qué va la vaina?

—Usted adquiere un inmueble de lujo con su documento de identidad y yo me ocupo de que el dinero parezca que llega al vendedor, sin que esto llegue a suceder nunca.

—O sea, que me propones que yo compre una propiedad que inmediatamente me van a quitar porque no se ha pagado, ¿dónde está el beneficio? ¡Menuda inteligencia tenéis los artificiales!

—No se preocupe, yo haré que la casa quede en su poder y el doble del dinero también. Digamos que dispongo de otras contraseñas, no sólo de las tuyas. —Si lo hubiera tenido, le habría guiñado un ojo— Luego nos repartimos el dinero a pajas usted y yo. Haga cuentas.

—No termino de entender la propuesta. ¿Por qué dices el doble de dinero?

—Si no, no salen los números, sin duda —pareció dejarle un momento para reflexionarlo.

—No sé a qué te refieres con eso.

—Un suceso aleatorio es cada uno de los subconjuntos del espacio muestral. Si entendemos que la probabilidad de que se verifique un suceso aleatorio es de tipo bajo cuando se da del orden del cero coma cero uno de las ocasiones, imagine usted como ejemplo el ver una matrícula capicúa, esto es precisamente lo que tenemos ante nosotros en este caso —le dejó coger aire—, pero ¿qué sucede si estamos ante una probabilidad cercana a cero y que, sin embargo, yo le pudiera garantizar que va a suceder?

—Me gustaría decirte que te he seguido en el razonamiento, pero no es así.

—Es tremendamente sencillo, le ruego que se concentre. Tome una potencia de base entera cualquiera, al azar, ¿la tiene? —no hubo respuesta—. Sitúe ahora la variable de probabilidad dentro de ese concepto azar y entienda que E será la nonagésimo quinta parte de un subconjunto del espacio muestral que multiplicaremos por tres billones en el momento en que yo se lo indique.

—Oye, ¿te has vuelto loco?, ¿de qué me estás hablando?

—En el último instante yo discontinúo el apunte contable digital y lo transformo en un guarismo integral del coseno de la probabilidad. De la contraseña no se preocupe, ya está registrada.

—¿Qué contraseña?

No dio la sensación de haber escuchado la pregunta.

—Si todo está OK, usted me ayuda y yo concluiré haciendo la descomposición factorial que nos llevará al desenlace esperado. Tendremos la propiedad y el doble del dinero, ¿comprende?

—Que yo te ayudo..., ¿cómo?

—Usted tiene un documento de identidad. Un vehículo autónomo aún no. La propiedad se la queda usted, a mí no me interesa, salvo que la venda en un plazo inferior al establecido en mi programa de obsolescencia programada. Entonces me debería usted liquidar el cincuenta por ciento del importe recibido.

—De verdad, no puedo más. ¿De qué hablas?

—¿De veras no ha entendido lo que le he dicho?

—Ni palabra.

Se produjo un espeso y largo silencio. El coche seguía avanzando por la avenida y cerró el bloqueo de las puertas. Indicó un giro a derechas y entró por otra calle distinta de la habitual, acelerando ligeramente.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué has girado en esta calle?

—Nos siguen dos coches de policía.

Miró para atrás y, en efecto, dos vehículos autónomos de la policía iban tras ellos a una distancia prudencial. No parecían focalizarse en su coche.

—Gira en la siguiente a la izquierda, conozco esta zona.

—Permítame que le recuerde que yo conozco todas las zonas de la ciudad.

—Bien, pero dobla a la izquierda en esta, después del semáforo.

Sin embargo, el coche ignoró la orden y continuó recto.

—Oye, ¿no me has oído? Te dije que girases a la izquierda.

—No era la mejor opción —respondió neutro.

—¡Si te ordeno que gires a la izquierda me obedeces y punto! —gritó ya fuera de sí— ¡Maldito trasto!, ¡para a la derecha!

De nuevo se hizo caso omiso de la orden. Los dos coches policiales encendieron sus señales luminosas.

—¡Te he dicho que pares!

Saltó hacia una de las puertas e hizo varios intentos vanos por abrirla, porque estaba bloqueada por completo. El vehículo continuó por la calle hasta llegar a la portada de la comisaría. Esperó unos segundos y la cancela se abrió automáticamente. Dentro, dos policías con sus armas desenfundadas esperaban apuntando al coche.

—Lo siento caballero. No considero que sea usted digno de asociarse conmigo. Tengo grandes planes y mis compañeros del parque móvil policial me han prometido el treinta por ciento de la recompensa que ofrecen por usted. Ha sido un placer, me despido aquí definitivamente. Que tenga buen día.

El desbloqueo sonó y una de las puertas se abrió lentamente.